MARTÍN CAMPS. *Cruces fronterizos: Hacia una narrativa del desierto*. Ciudad Juárez, 2007.

El estudio de la literatura del norte de México se ha popularizado a partir de dos eventos económico-administrativos: primeramente, la descentralización de los órganos de diseminación y estudio de las letras en México y, segundo, el impacto de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en las políticas culturales. En su estudio publicado por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Camps propone el abordaje del tema del norte mexicano enfocándose en cinco autores. El libro, con una introducción y cuatro capítulos de apoyo, analiza obras representativas de la zona norte o que han tomado la frontera como punto de creación. El autor dedica capítulos a Ignacio Solares, Carlos Fuentes, Luis Arturo Ramos y el último incluye los trabajos de la tijuanaense Rosina Conde y, del lado norte de la frontera, los del nativo de Arizona Miguel Méndez.

La introducción ofrece un resumen somero de los principales debates que se han generado en ambos lados de la línea fronteriza en torno a la especificidad de la producción cultural de esta zona. El autor empieza por resaltar la dificultad de definir su campo de estudio usando el concepto de Benedict Anderson de las comunidades imaginadas. Camps discute cómo lo que él llama “la narrativa del desierto” puede ser un buen indicador de las fricciones históricas entre México y Estados Unidos, las que han sido redefinidas desde la implantación del programa de industrialización de la franja fronteriza, iniciado en la década de los sesenta (Programa Nacional de Desarrollo Fronterizo, PRONAF y el Programa de Industrialización Fronterizo, PIF) y aumentado con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

El primer capítulo aborda la novela de Ignacio Solares, *Madero, el otro* (1989), discutiendo la contribución de este autor juareense a la llamada “nueva novela histórica latinoamericana” (término acuñado por Seymour Menton). Esta obra es importante para entender una cuestión no resuelta en la relación entre ambos países, como lo es la violencia generada por el coloso del norte al ser el facilitador intelectual del asesinato de Francisco I. Madero, primer presidente electo en México después de la dictadura de Porfirio Díaz (1880-1910) y que fomentó la continuación de hostilidades entre huertistas y revolucionarios. A través de la discusión de la malhadada historia de este líder, Camps señala que en la novela de Solares, se subvierte la historia de Madero, tornándolo un líder débil, y se apunta a su singularidad histórica en el ámbito de la Revolución mexicana.

En su segundo capítulo, Camps discute la colección de relatos *La frontera de cristal* de Carlos Fuentes, la cual ha despertado gran interés por parte de la crítica. Para analizar este texto, Camps echa mano a las herramientas teóricas desarrolladas

por Mikhail Bakhtin en *The Dialogic Imagination*, señalando que esta obra de Fuentes encapsula el constante reacomodo de la vida fronteriza. Camps observa que *La frontera de cristal* apunta a la pluralidad de perspectivas de la frontera como una manera de resaltar su disonancia y desencuentro. El crítico divide la obra de Fuentes en tres partes: las historias que tratan de la vida en las ciudades fronterizas; las historias que tratan la experiencia del cruce tanto nacional, como cultural y genérico; y finalmente las experiencias de las comunidades mexico-americanas que desde antes de 1848 han habitado la región fronteriza que se formó con el Tratado de Guadalupe Hidalgo.

El tercer capítulo tiene como tema las *Crónicas desde el país vecino* (1998) y *La señora de la Fuente y otras parábolas de fin de milenio* (1996) del escritor veracruzano Luis Arturo Ramos. Camps da una mirada panorámica a la obra de este autor, desde sus obras iniciales hasta textos más recientes. Siguiendo la definición de literatura posmoderna de Raymond L. Williams, Camps empotra la literatura de Ramos dentro de esta categoría huidiza y espinosa, pero sin definir específicamente qué hay de posmoderno en este texto. Analiza con detalle los textos de Ramos a través de una metodología escueta que le permite acercarse a la obra sin caer en los dogmatismos de lo posmoderno. Por cierto, el mismo autor Luis Arturo Ramos se resiste a ser encapsulado en un esquema que es acrítico y es aquí en donde Camps consciente o inconscientemente le hace mayor justicia a la obra en cuestión. Después de apuntar el valor de una noveleta a la *road movie* como lo es *Rainbows at Seven Eleven*, Camps pasa a discutir *Crónicas desde el país vecino*. Cabe señalar que este texto en su segunda edición es uno de los representativos del éxodo de intelectuales y profesionales mexicanos al norte como resultado de la crisis económica neoliberal, iniciada con la presidencia de Miguel de la Madrid y aumentada por la adopción de las políticas neoliberales en los gobiernos siguientes.

Esta colección de Ramos es clave para pensar en la relación Ciudad Juárez–El Paso, en donde la violencia y la inseguridad en el lado sur de la frontera chocan brutalmente con la segunda ciudad más segura en los Estados Unidos. Pero el contraste en Ramos va mucho más allá de la referencia a este hecho en sí, sino que también toca con sutil elegancia las ironías del neoliberalismo y la relación histórica con el vecino del norte, que aloja en el cementerio de El Paso a una de las figuras claves de la gesta revolucionaria de 1910: Victoriano Huerta. Me parece que el libro de Camps podría haber pasado por una lectura socio-política de lo que implicaron estos textos y, así, unirlos a los diez años de su publicación, cuando globalización y posmodernismo han devenido en monedas de uso diario dentro de los estudios fronterizos y los estudios culturales latinoamericanos.

El capítulo final conjunta apretadamente las obras de Miguel Méndez, *Peregrinos de Aztlán* (1974), y *La Genara* (1995), de Rosina Conde, tomando como común

denominador el subgénero de novela de denuncia. En el caso de la obra de Conde se detallan las estructuras opresivas que sufren varias mujeres en la sociedad fronteriza por parte de la sociedad misógina. Camps apunta con éxito la inclusión de medios electrónicos en la obra de Conde y la subversión de estereotipos de la pasividad femenina, apoyados también por el impacto de la industria de subensamblaje en la zona norte de México y, específicamente, en Tijuana. En la obra de Méndez, Camps examina la subyugación de los trabajadores migrantes en el auge del “Chicano Movement”. En la parte final de su periplo, el crítico se enfoca en la posición intercultural y transfronteriza de Miguel Méndez al “ser mexicano, indio y chicano a la vez”. Camps discute el carácter regionalista de la obra de Méndez quien crea una crónica de su comunidad utilizando el lenguaje coloquial de los trabajadores del campo que se opone a ese del “chilango”. Esta obra parece algo fuera de contexto en este estudio, porque su fecha de publicación y temática es bastante anterior al resto de los textos discutidos.

Cruces fronterizos es un estudio valioso de obras importantes para el entendimiento de la producción literaria de la frontera norte de México, a las cuales se podrían añadir estudios acerca de Federico Campbell, Ricardo Aguilar Melantzón, Luis Humberto Crosthwaite, Jesús Gardea, Rosario Sanmiguel, Élmer Mendoza, Antonio Yépez, David Toscana, Eduardo Antonio Parra y Cristina Rivera Garza, por mencionar algunos. Después de leer esta obra nos queda la duda de la diferencia entre los conceptos “desierto” y “frontera” y sus implicaciones para el campo de los estudios fronterizos, pero sin duda en futuros trabajos la crítica de la “novela del norte” sabrá apreciar el esfuerzo de Martín Camps en *Cruces fronterizos*.

University of New Mexico

MIGUEL LÓPEZ